

La Ascensión no es la partida de Jesús sino la consumación de su presencia: no inaugura una ausencia sino una nueva y más profunda forma de estar con los suyos —en la comunidad, en los pobres, en la Eucaristía, en el Espíritu— y al mismo tiempo lanza a la Iglesia a su misión definitiva: hacer discípulos que aprendan a vivir como Jesús, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, con alegría y esperanza, hasta el fin del mundo.

Podemos observar una doble dirección: **hacia arriba** —contemplando el misterio del Cristo glorificado, cabeza del cosmos y de la Iglesia— y **hacia afuera** —descubriendo que ese triunfo no aleja a Jesús, sino que lo hace más cercano y universal, y que nos lanza a una misión sin fronteras ni límite temporal. La tensión central es entre **la tentación de quedarse mirando al cielo** —la comodidad del entusiasmo espiritual sin compromiso— y **la bajada al valle** donde está la tarea real.

"La Ascensión del Señor — Punto de llegada y punto de partida"

"Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt 28,20)

La Ascensión: no una partida sino una transformación de la presencia

Una lectura superficial de la Ascensión podría llevar a los discípulos —y nos llevaría a nosotros— a una sensación de orfandad definitiva: Jesús se va, la nube se lo lleva, se acaba la historia visible. Mateo conocía ese peligro y por eso termina su evangelio no con el relato de la Ascensión sino con una frase que lo reencuadra todo: "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

La Ascensión no anuncia una ausencia. Anuncia una presencia nueva, más profunda e invisible que la física, pero no menos real. El Cristo que "sube" es el mismo que prometió estar presente allí donde dos o tres se reúnan en su nombre; el mismo que identificó su persona con el hambriento, el forastero, el enfermo y el preso; el mismo que sigue alimentando a los suyos en la Eucaristía. Jesús no se ha ido a vivir lejos: ha alcanzado la plenitud de su existencia junto al Padre, y desde allí lo llena todo.

"Subir" no es un desplazamiento geográfico hacia las nubes: es el símbolo de la glorificación plena del Resucitado, constituido Señor del cosmos y de la historia. Lo que la Ascensión celebra es esto: el trabajador manual de Nazaret, el predicador itinerante de Galilea, el condenado del Calvario —ese hombre tan humano y entrañable— es ahora Señor de todo, y su humanidad glorificada ha sido llevada al corazón mismo de Dios.

No quedarse mirando al cielo: la misión comienza

Los ángeles interpelan a los discípulos con una pregunta que resuena en cada generación: "¿Qué hacéis ahí parados mirando al cielo?" Quedarse mirando es más cómodo. Como lo era para Pedro quedarse en la luz del Tabor. Pero la tarea está en el valle, en la vida de cada día.

La Ascensión es para Jesús el punto de llegada triunfal; para su comunidad, el punto de partida de su camino misionero. El encargo que Mateo transmite en las últimas palabras del evangelio es el más amplio que ningún fundador haya dado jamás a sus seguidores: "Id y haced discípulos de todos los pueblos." No solo de los cercanos, no solo de los que ya simpatizan, no solo de los que comparten la cultura: todos los pueblos, hasta los confines de la tierra, hasta el fin del mundo.

Ese encargo tiene tres dimensiones inseparables: evangelizar —anunciar la Buena Noticia y convocar seguidores—, bautizar —incorporar a la comunidad en el nombre trinitario—, y enseñar a guardar todo lo que Jesús mandó. No es una suma de actividades pastorales: es un único movimiento orientado a formar personas que aprendan a vivir como Jesús, que sintonicen con su proyecto y reproduzcan hoy su presencia en el mundo.

"Yo estoy con vosotros": la garantía que hace posible la misión

La comunidad que recibe este encargo es débil. Entre los discípulos que rodean al Resucitado en Galilea hay creyentes firmes y hay quienes vacilan. Mateo es realista: si no contaran con Jesús, su fe pronto se apagaría. Y por eso el encargo va acompañado de la única garantía que importa: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra... y yo estoy con vosotros todos los días."

Esta presencia del Resucitado no es metáfora piadosa. Se hace concreta en la Eucaristía —donde alimenta la fe y promete la resurrección final—, en la comunidad reunida en su nombre —donde su aliento y fuerza dinamizan la misión—, y en los pobres y necesitados —donde quien los sirve lo está sirviendo a Él. "Cuanto hicisteis a uno de estos

pequeños, a mí me lo hicisteis." La adhesión a Cristo no se verifica en ningún lugar mejor que en la solidaridad con el que sufre.

Bautizados en el nombre trinitario: el fundamento de todo

El mandato de bautizar "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" no es una fórmula ritual sin contenido: es la confesión de la identidad más profunda de Dios y la declaración del tipo de vida a que somos convocados.

Confesar que Dios es Trinidad es afirmar que en el fondo último de la realidad no hay sino comunión y amor. El Padre es el amor originario que empieza a amar sin ser motivado desde fuera, el eterno Amante. El Hijo es el amor que acoge, la respuesta eterna al amor del Padre: en Dios, dejarse amar no es menos que amar —recibir amor es también divino. El Espíritu es la comunión de los dos, el amor que no se encierra sino que se derrama, que abre hacia las criaturas y se comunica sin agotarse.

Consecuencias concretas: creados a imagen de ese Dios, estamos hechos para amar y para ser amados; para construir comunión en lugar de competencia; para abrir nuestros amores en lugar de encerrarlos en posesión egoísta. La mejor manera de entender la Trinidad no es leer tratados de teología sino seguir los pasos de Jesús, que vivió como Hijo amado de un Dios Padre y que, movido por su Espíritu, se dedicó a hacer el mundo más habitable para todos.

La fiesta de la esperanza: levantar la mirada sin huir del valle

La Ascensión es la fiesta de la esperanza. No de un optimismo ingenuo que cierra los ojos ante el sufrimiento, sino de la convicción de que la historia tiene un horizonte que la trasciende. En medio del creciente desencanto y escepticismo que marcan este tiempo —tantos conflictos envenenados, tanto sufrimiento absurdo, tantos abusos contra el planeta— la pregunta de Teilhard de Chardin sigue resonando: "cristianos a solo veinte siglos de la Ascensión. ¿Qué habéis hecho de la esperanza cristiana?"

La respuesta no es levantar tiendas en la contemplación ni perderse en el valle de las urgencias inmediatas. Es caminar en la tensión viva entre ambos: con los pies en la tierra, donde está la misión, y con la mirada capaz de ver más allá de lo inmediato, donde está la promesa. En un mundo que no abunda en esperanza, ser personas ilusionadas. En un mundo egoísta, mostrar amor desinteresado. En un mundo que consume lo inmediato, ser testigos de los valores que no acaban.

A tener en cuenta

La Ascensión como transformación de la presencia, no como ausencia: una corrección teológica urgente.

Corregir con firmeza la lectura devocional más extendida de la Ascensión: no es la partida de Jesús sino la glorificación que lo hace omnipresente. La preocupación por defender la presencia eucarística no debe hacernos olvidar la presencia del Resucitado en toda la comunidad, en los pobres y en la historia. El Vaticano II ya señaló esa carencia en la teología de su tiempo; sigue siendo urgente hoy.

"No os quedéis mirando al cielo": el antídoto evangélico contra el espiritualismo evasivo. La interpelación de los ángeles es uno de los momentos más lúcidos del texto. La tentación de instalarse en el entusiasmo espiritual sin bajar al valle de la misión concreta es perenne. La Ascensión no es una invitación a la contemplación desencarnada sino el lanzamiento definitivo de la comunidad hacia el mundo. Este principio es especialmente pertinente para comunidades que tienden a replegarse sobre su vida interior.

"Hacer discípulos": la misión en su formulación más precisa y exigente. El objetivo último del mandato misionero: no simplemente "anunciar doctrinas" ni "celebrar sacramentos" ni "aumentar el número de bautizados", sino hacer discípulos —personas que conozcan el mensaje de Jesús, sintonicen con su proyecto y aprendan a vivir como Él. Este criterio reorienta toda la pastoral: el éxito no es la masa ni la estructura sino la calidad del seguimiento.

La Trinidad como fundamento de la vida comunitaria y social. Un desarrollo pneumatológico y trinitario de notable densidad: el Dios que es comunión de amor no es un horizonte abstracto sino el modelo concreto de toda forma de vida personal, comunitaria y social. Creados a imagen trinitaria, estamos hechos para amar, para ser amados y para construir comunión sin encerrarnos en amores posesivos. Esta derivación práctica de la teología trinitaria es uno de los aportes más originales y pertinentes del texto.

La presencia de Cristo en los pobres: el criterio del juicio final como orientación pastoral. Recuperar con fuerza la identificación de Jesús con los pobres y necesitados: "Cuanto hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis." Esta afirmación no es una pieza suelta de ética social: es la forma más directa de verificar la adhesión a Cristo. Una

pastoral que cuida la liturgia pero descuida a los pobres ha entendido mal la Ascensión. La presencia del Resucitado en la Eucaristía y su presencia en los pobres son inseparables.

La esperanza como actitud distintiva del cristiano en un mundo de escepticismo. Una llamada a la esperanza que no es evasión sino compromiso: levantar la mirada más allá de lo inmediato sin dejar de habitar el valle. La pregunta de Teilhard funciona como un agujón: la esperanza cristiana no puede reducirse al bienestar personal ni al progreso tecnológico. Es la convicción de que el misterio último de la realidad es un misterio de Amor Salvador, y que esa convicción tiene consecuencias en el modo de vivir, de resistir y de servir hoy.

La Ascensión cierra el arco de los siete domingos de Pascua y abre la última semana antes de Pentecostés. Si el primer domingo proclamó la Resurrección como acontecimiento presente, y los siguientes exploraron sus consecuencias en la fe, la comunidad, la misión y el Espíritu, este séptimo integra todo en una visión final: Cristo glorificado, presente en la historia de una nueva manera, lanza a los suyos a una misión sin fronteras, sostenida por su presencia hasta el fin del mundo, animada por el Espíritu que llegará en Pentecostés.